

Caboto no 17
C. DE SOTO Y CORRO

R

20 JUL. 1967

EL

DIABLO EN EL PÚLPITO



MADRID

EST. TIPOGRÁFICO «SUCESOES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, núm. 20.

1889

UNA PESETA

01

EL DIABLO EN EL PÚLPITO

C. DE SOTO Y CORRO



EL R - 57648

DIABLO EN EL PÚLPITO



MADRID

EST. TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, núm. 20.

1889

AL SEÑOR

Don Antonio González Benereo

Querido tío: en mi última visita á ese alegre pueblo de mi amada Andalucía me refirió V., persuadido de lo verídico del caso, por haberlo escuchado á su vez de boca de una respetable persona, el raro suceso que hoy me atrevo á publicar. Nada más natural, por tanto, que á V. sea á quien dedique este pequeño trabajo que, aunque modesto en extremo, ruego á V. que lo acepte como un humilde recuerdo mío.

C. de S.



EL DIABLO EN EL PÚLPITO

I.

No te extrañe, lector, ni te sonrías
Con malicioso gesto
Pensando adivinar las frases más;
El epígrafe, así como va puesto,
Corresponde fielmente á mi relato,
Singular y verídico en esencia;
Atiende, pues, un rato,
Bondadoso, tranquilo y con paciencia.

II.

Voy á hablar del diablo, no te asombre,
Sin que me riña el cura,
Que no es pecado pronunciar su nombre
Ni hago mal en contarte la diablura.
La tímida doncella no se ausente
Ni la beata contra mí se indigne,
Ni el niño se amedrente
Ni la vieja temblona se persigne.

III.

Aunque de raza audaz y grandes cuernos
El diablo de mi asunto,
Á quien no quiero ver en los infiernos,
Es comedido hasta cierto punto.
Mas aunque no lo expongo como axioma,
Tengo del sucedido la certeza
Y os juro que no es broma;
Pero basta de exordio; el cuento empieza.

IV.

Ocurrió cierta vez..... no importa el día,
Un lance extraordinario
En un pueblo de allá de Andalucía
De no mucho ni pobre vecindario.
Se levanta este pueblo bendecido
En la zona más bella del famoso
País enriquecido
Por la mano del Todopoderoso.

V.

Extiéndese, cual valle de azucenas,
En una gran llanura,
Con sus casitas blancas siempre llenas
De perfume, de luz y de dulzura.
Pues tienen sus discretos moradores,
De carácter alegre y expansivo,
Mucho amor á las flores,
La piedad y la fe por distintivo.

VI.

Sírvele de respaldo una colina
De arbustos coronada,
Y un humilde arroyuelo al pie reclina
El cristal de su linfa abillantada.
Mírase por un lado el verde soto
Que es gala de aquel suelo fecundante,
Y el renombrado coto
De caza y diversión sitio abundante.

VII.

Luce por otro lado la pradera
Con su pintada flora,
Y crece más allá la sementera
Que los rayos del sol ardiente dora.
Y cerca, en el caudal del Oceano,
Guadalquivir, muriendo entre rumores,
Murmura siempre ufano
Sus historias de guerras y de amores.

VIII.

Mas tornando otra vez nuestras miradas
 Por la feraz campiña,
Una gran extensión que en aranzadas
El cortijo dividen y la viña,
Veremos, con orgullo deleitoso
Del labrador que estima su riqueza,
 El cuadro tan precioso
Con que se ofrece allí Naturaleza.

IX.

Ya en la estación glacial, cuando despiertos
 Del pájaro á los trinos,
De ropa escasos, aunque nunca yertos,
Caminan los alegres campesinos;
Y saludando al sol, al que sonrén
Porque templa sus miembros, sin pesares
 En trabajar se engrén
Sus fuerzas entonando y sus cantares.

X.

Y por allí, el que lleva medurado
Tras su caña tendida,
Con la yunta de bueyes el arado,
Surco abriendo en la tierra humedecida.
Por aquí, el que remueve los terrones
Destruyendo el guijarro con la azada,
Y allá, los que en secciones
Podan la vid escueta y despojada.

XI.

Ya en los hermosos días estivales,
Cuando su fiel tributo
Rindiendo al labrador los cereales,
Amarillea el sazonado fruto.
Y ya cuando en curioso laboreo,
Tras de cosecha prodigiosa ó nimia,
Con ánimo y deseo
Hacen la siega, el trillo y la vendimia.

XII.

¡Cuánto place al espíritu curioso
Que se fija extasiado,
El paisaje feliz y deleitoso
De aquel fértil viñedo tanpreciado!
La saludable cepa embellecida
Con el verde color de su ropaje,
Bajo el cual escondida
Roba el dulce la abeja entre el follaje.

XIII.

El pámpano frondoso que se ostenta
A su mayor altura,
Extendiendo los brazos do sustenta
El lujo sin rival de su hermosura.
El racimo que cuelga figurando
Desgajarse á su peso blandamente,
Su hechizo dibujando
En la dorada fruta transparente.

XIV.

Y allá en el almijar, ante la casa,
 En redondel se orea,
Puesta á secar al sol, la rica pasa
Que el zángano goloso picotea.
Mientras que en el lagar, con ademanes
Y voces de retozo, pisan la uva
 Los forzudos gañanes
Y corre el mosto á la envinada cuba.

XV.

Y el comfortable zumo destilado
 Que el capataz trasiega,
Adquiere su poder luego encerrado
En los toneles de la gran bodega.
Y de color de ámbar aquel vino
Sabroso, perfumado y con ardores,
 Es el néctar divino
Licor de altares y elixir de amores.

XVI.

Mas perdona, lector, si entusiasmada
Al hablar de aquel suelo,
De patriótico amor arrebatada,
Dejé á mi pluma en su afanoso vuelo.
Ya sin más digresión, juro, y no en vano,
Con el auxilio de mi fiel memoria,
Que iré derecha al grano
Cogiendo bien el hilo de la historia.

XVII.

No dije al empezar, y ahora lo digo,
Que era un verano hermoso,
Un verano fecundo en uva y trigo
Para bien de aquel pueblo laborioso.
Así que, entre la clase satisfecha,
Era conversación casi constante
Hablar de la cosecha
Que iban á recoger tan abundante.

XVIII.

En la reunión del cura don Tadeo,
 Párroco en jerarquía,
Quien por ser de apellido Calvo y Feo
Tan sólo por su nombre respondía,
No menos se trataba de aquel punto
De interés, aunque en muchas ocasiones
 Mezclando en el asunto
Cuentos, chistes, política y cuestiones.

XIX.

Erase por las tardes en estío,
 Después de larga siesta
Que el buen cura dormía á su albedrío
Huyendo del calor la hora molesta,
Cuando en busca del fresco regalado,
Muy cómodo en la puerta se ponía
 En su sillón sentado
Delante de la misma sacristía.

XX.

Formaban la tertulia los prohombres
De más valer y fama
Que en el pueblo vivían, cuyos nombres
Diré como el relato lo reclama.
Eran éstos, el juez don Segismundo,
Persona tan locuaz como entendida,
Que en las luchas del mundo
Alcanzó la experiencia de la vida.

XXI.

El serio don Manuel, tipo acabado
De autoridad primera,
Quien de su alta misión infatuado,
Mostraba á todo la vara justiciera.
El célebre y jovial doctor Perales,
Médico, cirujano y aun dentista,
Y para algunos males
Conocido y famoso especialista.

XXII.

Don Juan el boticario, gran figura,
 Tenorio con audacia,
Que entregado al poder de la hermosura,
Rara vez se le vía en la farmacia.
Perico el herrador, veterinario
De tal práctica y ciencia genuina,
 Que en caso necesario
Reemplazaba al doctor en medicina.

XXIII.

El enjuto escribano don Severo,
 Quien con su docta pluma
Se atrevió á asegurar que el gran Homero
Dedicó la *Iliada* á Moctezuma,
Su inseparable amigo don Canuto,
No menos sabio, profesor de escuela,
 Descendiente de Bruto
Según la ejecutoria de su abuela.

XXIV.

Un tal don Serafín de Lanzarote,
Coronel retirado,
Que retorciendo siempre su bigote,
Con el pecho de cruces adornado,
Refería los lances y lindezas
De su arrojo y valor con tanto brío,
Que al escuchar sus proezas
Temblaban de su puño al poderío.

XXV.

Un don Jorge, extractor, Ruiz, contratista,
Antonio el cosechero,
Don Clemente Sulpicio, prestamista,
Y por último, en fin, Paco el barbero,
Quien todo cual gaceta lo contaba,
Siendo el primero en dar la fausta nueva
De si el *Gallo* mataba,
Si vino el Nuncio, si cantó Juan Brevá.

XXVI.

Tal era el auditorio á lo moderno,
En sentido cristiano,
Que á la lumbre en las noches del invierno
Y al fresco por las tardes en verano,
Del capellán la buena compañía
Frecuentando, con raras excepciones,
En torno se reunía,
Y no para rezar ni oír sermones.

XXVII.

Que á menudo en su plática mezclaban
Las lenguas oficiosas
La crítica punzante, y murmuraban
Á veces sin piedad de muchas cosas.
Y comentando siempre la tendencia
Del mundo á los pecados y extravíos,
Hablaban con frecuencia
De mujeres, de enredos y amoríos.

XXVIII.

Á la hora del *Angelus* el cura,
 La tarde mencionada,
De pie, con fervorosa compostura,
Cumpliendo su misión tan elevada,
Dijo en latín los rezos consiguientes
Levantándose el breve solideo,
 Y todos los presentes
Contestaron en coro á don Tadeo.

XXIX.

Pronto la noche tras las altas lomas
 Comenzó á recostarse,
Y cada cual con sus chistes y sus bromas
Iba ya hacia su casa á retirarse,
Cuando llegó en tan crítico momento
El viejo sacristán, que antiguo era,
 Y casi sin aliento,
Amarilla la faz como la cera,

XXX.

Dijo con voz temblona, imperceptible,
Al párroco admirado:
—¡Señor! ¡señor! ¡por maleficio horrible
El demonio en la iglesia ha penetrado!
—¿Qué decís?—preguntó el cura creyendo
Que el anciano Miguel estaba loco;
Mientras todos riendo
Fuéronse aproximando poco á poco.

XXXI.

—¡Yo lo acabo de ver, señor, lo he visto
Y no soy visionario,
Iba á encender la lámpara del Cristo
Y á alumbrar el altar para el Rosario,
Cuando cerca sentí, casi en mi hombro,
Un gemido infernal; miro al momento,
Y juzguen de mí asombro
Al ver que era el diablo el del lamento!

XXXII.

Hago la cruz bendita horrorizado,
Confuso me persigno,
Pero ni el nombre de Jesús sagrado
Turba y ahuyenta á Satanás maligno;
Logro escapar de prisa como veis,
Y allí queda el malsín, terror de buenos,
¿Dónde, señor, creeréis?
¡En el púlpito santo nada menos!

XXXIII.

¡Acuda su merced, por Santa Rita!
¡Vaya, por San Antonio!
¡Y arrojando en el templo agua bendita,
De la casa de Dios eche al demonio!
Y el infeliz Miguel, estremecido,
Con cara de sepulcro más que humana,
De espanto poseído,
Tiraba al capellán de la sotana.

XXXIV.

A tal excitación y tal porfía
Fué al cura necesario
Ceder, y aunque la burla se temía,
Ordenó preparar el incensario.
Con roquete y estola revestido
Y húmedo el aspersorio en agua pura,
De los demás seguido
Se dirigió á la iglesia con premura.

XXXV.

Emocionado el pecho y maliciosa
La risa entre los labios,
Fué la incrédula gente á ver curiosa
Tan extraña función de desagravios,
Y en tropel, impaciente por instinto,
Tras el discreto y noble religioso,
En el sacro recinto
Pronto puso su planta receloso.

XXXVI.

Ya en la nave central, se detuvieron;
Y al rayo moribundo
De una pálida luz, al punto vieron
Algo que les causó miedo profundo.
¡Allí estaba en verdad, y en la tribuna
Del Espíritu Santo consagrada,
La imagen importuna
De la indómita furia endemoniada!

XXXVII.

¡Allí estaba de pie, como acechando
La ocasión favorable,
En el borde del púlpito apoyando
Sus garras y su cuerpo formidable!
¡Allí, con su soberbia y sus enojos,
Su oscura piel, sus puntiagudos cuernos,
Sus centelleantes ojos!.....
¡Era el mismo Luzbel de los infiernos!

XXXVIII.

Ya no había que dudar: «¡Jesús, Dios mío!»

Todos los circunstantes
Exclamaron á un tiempo, sudor frío
Sintiendo resbalar por sus semblantes.
A esta unánime voz, con sobresalto
Irguióse Satanás, rugió cual fiera,
Y dando atrás un salto
Comenzó á descender por la escalera.

XXXIX.

¡Terrible expectación cuando sintieron
Que bajaba el maldito!
¡Todos con inquietud retrocedieron
Implorando el favor de Dios bendito!
¡Asperge mei, Domine! ¡Diablo odioso,
Huye de éste lugar cristiano y puro!
Gritó el cura angustioso:
¡En el nombre de Dios yo te conjuro!

XL.

¡Huye, espíritu infiel, figura impía!
¡Huye de estos sagrados!
¡Asperge mei, Domine!, repetía
Sacudiendo el hisopo á todos lados.
De la santa oración cundió el ejemplo;
Mas bajó al fin Satán con sordo ruido,
Y en la mitad del templo
Quedóse de repente detenido.

XLI.

¡Sonó un ¡ay! general, aye de espanto
Que la bóveda extensa
Repercutió con ecos de quebranto
Entre los pliegues de su sombra densa!.....
Pero más sorprendido el auditorio
Se demostró sin proferir palabra,
Por su miedo irrisorio,
Al ver que el diablo aquel..... ¡era una cabra!

XLII.

¡Original é interesante asunto
De un cuadro novelesco!
¡Una explosión de risa siguió al punto
Tras aquel desenlace tan grotesco!
¿Cómo el noble animal asustadizo,
A quien el fiero Lucifer creyeran
Por maléfico hechizo,
Pudo llegar allí sin que lo vieran?

XLIII.

Cosa muy natural: mientras sentados
Y en constante porfía,
Se hallaban los tertulios expresados,
Ante la ya citada sacristía,
El audaz y travieso monaguillo,
Que á la calle asomó por la otra puerta,
Corrió tras un chiquillo
Dejándola imprudente medio abierta.

XLIV.

De un corral inmediato fugitiva,
De libertad amante,
Se infiere que la res huyó furtiva
Penetrando en la iglesia en tal instante.
Aturdida siguió su leve planta,
Y al ver desvanecido su horizonte,
Por la cátedra santa
Sin duda se creyó subir al monte.

XLV.

He aquí el caso por qué, lector querido,
Una cabra inocente,
Simulando al demonio aparecido,
Hizo tal impresión entre la gente.
Dicen que el lance fué cierto y notorio;
Mas si juzga la crítica que miento,
Por si fuere ilusorio,
Yo, cual me lo contaron, te lo cuento.

OBRAS DE LA MISMA AUTORA.

El faro de la virtud (libro de texto para las escuelas),
2.^a edición.

Corona de Santa Teresa de Jesús, por una Hija de
Nazareth.

El Santo de la aldea (poema).

El terremoto de Andalucía (cuadro).

Album de boda (para regalo de novias).

EN PREPARACION.

Los poetas andaluces contemporáneos.

Violetas y siemprevivas (poesías).

Inhiesta (poema).

538560868053



OBRAS DE LA MISMA AUTORA.

El faro de la virtud (libro de texto para las escuelas),
2.^a edición.

Corona de Santa Teresa de Jesús, por una Hija de
Nazareth.

El Santo de la aldea (poema).

El terremoto de Andalucía (cuadro).

Album de boda (para regalo de novias).

EN PREPARACIÓN.

Los poetas andaluces contemporáneos.

Violetas y siemprevivas (poesías).

Inhiesta (poema).